

Amadísimos fieles

Vimos el domingo pasado qué bien encaja el Sacramento de la Penitencia dentro del marco de las exigencias de nuestra naturaleza racional y libre sin menoscabo de nuestra dignidad. Decíamos que Dios respeta y venera nuestra libertad hasta el punto de permitir el pecado que es un abuso de esa libertad. Pero que ese Dios a quien hemos ofendido, desobedecido no nos concede el perdón del pecado a no ser que nosotros reconozcamos nuestro pecado y nos pos-tremos humillados ante el sacerdote a quien en la persona de los apóstoles le ha dado el poder de perdonar el pecado. De hecho ni el mismo Jesucristo que vino al mundo a salvar a los hombres perdonó a pecador alguno que no reconociera y confesara su pecado. Si ni el mismo Salvador perdonó cuando vino al mundo como queremos que se nos perdonen los pecados sin que los sometamos al juicio de sus representantes que recibieron la facultad de perdonar y de denegar el perdón?

Para obtener ese perdón el primer paso y esencial es la detestación del pecado que encierra si es sincera el propósito de enmienda; es incomprensible que uno odie, rechace el pecado y no tenga el propósito de no caer en él. Y sin esto es inútil la declaración de los pecados, la absolución, no hay perdón. Pero tampoco basta que detestemos, rechacemos el pecado, hace falta en la providencia actual que lo sometamos al juicio del confesor que ha recibido del Sr. Obispo la facultad de perdonar los pecados. Hace falta que el confesor dé la absolución sacramental sin la cual tampoco hay perdón aunque uno no los haya detestado y los haya declarado.

Y en esto consiste el Sacramento de la Penitencia o la Confesión que se nos hace tan costoso y tan difícil. Es verdad que es costoso y difícil, pero el pecado mortal también encierra una gravedad, una malicia que trasciende de nuestra naturaleza y que nosotros no la hemos de comprender mientras vivamos en este mundo.

Así lo ha dispuesto Dios. Porque lo ha dispuesto? Designios de su providencia que mejor es acatarlos que escrutarlos. Podríamos preguntar también por qué le ha criado al hombre o por qué se lo ha hecho libre. Porque lo ha querido. Y no seamos en estas cosas más exigentes de lo que somos en las nuestras. Bastanos saber que esto es lo que ha querido Dios, esto es lo que ha dispuesto en su sabia providencia. Un Dios providente, un Dios sabio, un Dios bondadoso, misericordioso en todas las cosas busca el bien. Nada dispone por capricho. Y todo lo que hace está bien hecho y bien dispuesto. Si quereis dirigid una mirada al resto de los seres creados. Es tan admirable y tan sabia la disposición de las cosas, es tan perfecta su providencia que pronto podemos echar de menos que no hay detalle por insignificante que se suponga que no tenga su razón de ser, su función que desempeñar. Podríamos aquí citar ejemplos tomados de todos los aspectos de la vida y cada vez que va progresando el hombre se van descubriendo más maravillas tanto en ese mundo, en esa región superior que en las noches serenas contemplamos sembrada de estrellas como en este otro mundo en que nos desenvolvemos nosotros.

Vamos a dejarnos llevar por la tentación de creer que ese Dios tratándose del hombre que es el rey de la creación se ha esforzado en mortificarle sin necesidad, en humillarle sin justicia, en someterle sin piedad? Queridos fieles, quién que conozca el admirable plan de la economía divina, quien que tenga una idea aunque sea vaga de Dios justo, bondadoso, providente, misericordioso hasta el extremo de humanarse, humillarse, anonadarse y padecer una muerte de cruz por los hombres, por facilitarnos el camino del cielo, y arrastrarse a fuerza de un derreche de amor puede considerar una disposición suya como humillante, engorrosa, insoportable?

Como veis, queridos fieles, no debéis considerar este sacramento como refugio con la independencia y dignidad del hombre, como aniquiladora de su personalidad, como un contrapeso exagerado del pecado, antes bien como un beneficio inestimable - la tabla de salvación que Dios nos proporciona a los que hemos naufragado después de nuestra primera regeneración por las aguas bautismales, como un alivio de nuestra naturaleza, casi como una exigencia de la misma, un medio de liberarnos de nosotros mismos....

Y bajo este aspecto vamos a considerarlo hoy brevemente. Y nuestros corazones deben prorrumpir en sentimientos de reconocimiento y gratitud hacia Dios que llevado por deseos de salvar al hombre le concede este medio para que se libre de una caída de otra forma irremisible en el fuego eterno. Hemos pecado y por lo tanto somos reos del suplicio eterno. N

Nuestro siglo que entre otras enfermedades padece la ceguera y la atrofia espiritual, ceguera y atrofia espiritual de las que no nos hemos librado los que nos llamamos cristianos, no entiende, no quiere comprender la gravedad y malicia del pecado. Se toma la vida en broma, no se toma nada en serio, en nada vemos pecado o cuando menos no es el pecado el mayor mal del mundo como decimos en el catecismo. Ha muerto la conciencia del pecado, que es un síntoma de un hombre, de una sociedad en los momentos críticos de abrazarse a la apostasia, en el momento de perder ya definitivamente el contacto con Dios. Después quien le va salvar a ese hombre?

Remozad estas ideas antes que se os enmoezcan, queridos fieles, si es que no os queréis despenar por esa vertiente del indiferentismo y apostasia; reflexionad cada uno sobre lo que es el pecado mirando al crucifijo. La vida los sufrimientos de Cristo os dirán lo que es el pecado que exigió tal expiación. Ved lo que es el pecado contemplando la vida humana, tan costosa, tan difícil, tan sufrida... y todo porque el hombre destinado para gozar y ser feliz pecó. Mirad también al ocaso de la vida, la muerte tan espantosa, tan horrorosa no es más que una secuela del pecado de nuestros primeros padres. Pero sobre todo considerad lo que después de la muerte nos espera. Proyectad sobre ese fondo oscuro todo el cúmulo de males que os podéis imaginar, gravitad sobre el pecador todos los sufrimientos morales y físicos que han padecido los hombres y cuidado que ha habido en el mundo, en la historia gente que ha sufrido, cuidado que actualmente se sufre en el mundo... imaginad un concierto universal que recogiera todos los ayes lastimeros de la humanidad... y todavía es poco lo que os podéis imaginar en comparación de lo que es aquel lugar del suplicio donde por justo castigo de Dios los reprobos son atormentados. Eso es el pecado; ese es el camino del pecado, el término del pecado....

Y a nosotros se nos libra de ese abismo, de esos sufrimientos, de esos ayes lastimeros, de esa compañía hedionda de los condenados cuando se nos perdona el pecado. Queridos fieles, decidme ahora si la confesión en la que se nos libra del pecado es un beneficio de Dios o es una carga pesada. Si por no someternos a una operación quirúrgica somos capaces de soportar una vida penosa, ¿qué no deberíamos estar dispuestos a padecer por librarnos de esa desgracia tan terrible? Una humillación momentánea es mucho pedir a trueque de librarnos de ese infierno tan espantoso?

Se nos libra de ese peligro no una sola vez, sino muchas veces en la vida. Y por eso nosotros nos pasa algo de aquello que pasaba al pueblo hebreo cuya historia es un milagro continuo, un derroche de prodigios divinos, de compasión y protección tal que el pueblo hebreo se hizo de tal forma a estas atenciones, a estos milagros de Dios y todo ello le parecía tan natural que de la indiferencia con que empezó a mirar estas intervenciones divinas, pasó a la ingratitud y terminó abominando de todo ello, por lo que luego Dios le cegó en su abominación. Dios que por el santo bautismo nos elevó al orden sobrenatural no hizo un beneficio inestimable. Nosotros al pecar no titubeamos en anteponer nuestro gustillo, el placer momentáneo a esa vida dichosa que Dios nos ofrecía. Y renunciamos a esa vida y dimos las espaldas a Dios. Y por muchas veces que hayamos hecho esto en la vida, todas las veces nos ha perdonado Dios. Y a nosotros acostumbrados a levantarnos tan fácilmente, a reconciliarnos con Dios tantas veces, nos cuesta darnos cuenta de lo que supone este rasgo de bondad de un Dios con su criatura que cuando quiere le vuleve las espaldas y cree que Dios no puede ~~dejar~~ dejar de ser bondadoso y de dar de admitirle a su amistad.

Y direis que no es un gran beneficio de Dios el que se nos perdona en los pecados, el que nos libramos de ese abismo que tantas veces lo hemos merecido?

Y es un gran alivio. *Auto. de J. J. - Am.*

Y es un gran alivio para el hombre el que se pueda librar de su pasado, que realmente es un fantasma que no deja de perseguirle mientras no le destruya. El pasado es un fantasma y tan malos augurios que el hombre no podría vivir, el hombre no encontraría ningún gusto en la vida si es que no le fuera posible destruirle, luchar contra él con ventaja y en el caso contrario el suicidio sería el desenlace natural.

Almas desgarradas por el recordamiento o secretamente roídas por el enojo, el fastidio, la amargura, por ese gusano interior, que desafía las riquezas, los honores, las ruidosas distracciones del mundo, almas así atormentadas por la nefasta sombra del pasado, en este sacramento pueden encontrar la paz y la tranquilidad que ansían. Únicamente este sacramento les puede proporcionar la seguridad de sí mismas y de su porvenir, únicamente este sacramento les puede desligar de ese pasado que les quiere ahogar sin esperanza.

y por esta parte no podemos decir que un sacramento es más excelente que otro, pero Dios tiene vinculados a la gracia de cada sacramento auxilios especiales que sirven para obtener aquello para lo que fué instituido el Sacramento y por eso la gracia santificante que se nos da en la confesión es más eficaz que la gracia que se obtiene por medio de la Eucaristía o Extrema Unción o Confirmación etc.. para ayudarnos a vencer las tentaciones peculiares, para las dificultades especiales que surgen en la lucha de la vida, para satisfacer por los pecados, etc..

Y al recibir esa gracia vuelve el hombre a recuperar de nuevo los méritos de su vida pasada que por el pecado los había perdido. Todas las obras buenas que había hecho, todos los méritos que había conseguido habían quedado anulados por el pecado mortal. Pero al reconciliarse el alma con Dios por medio de la Confesión sacramental los adquiere de nuevo. Y desde este momento podemos decir que el alma ha empezado a vivir, desde este momento una nueva corriente de vida circula por sus miembros, desde este momento el alma se halla unida a Cristo por la gracia santificante. El pecado le había separado de Cristo y como una rama árida y seca estaba destinada para el infierno. Después de este empalme, este injerto puede retoñar, puede y de hecho retoña, florece y da fruto. Sabe que empieza una nueva vida. De aquí le proviene un ardor y un valor especial para obrar el bien, para lo cual se sentía antes incapaz.

Aquí teneis, queridos fieles, los efectos de este sacramento. Os he presentado la síntesis de la doctrina católica sobre la naturaleza de este Sacramento. Hemos llegado a ver, que más que una carga pesada es un gran beneficio de Dios que no desdice de nuestra dignidad, antes al contrario es un gran alivio y un medio de liberarnos nosotros mismos.